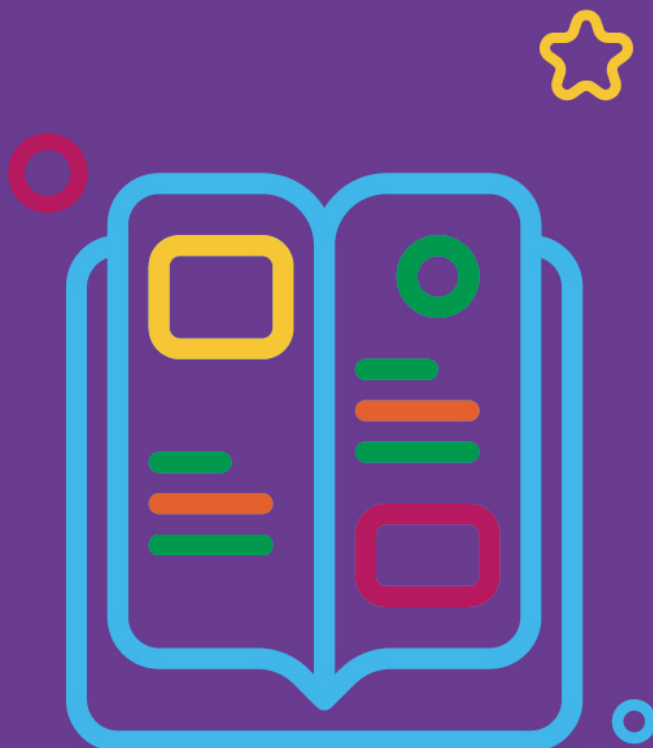




Ministerio
del Poder Popular
para la Educación

FERIA DEL LIBRO 2025



ANEXO 1

MUESTRA DE OBRAS DE AUTORAS
Y AUTORES SELECCIONADOS PARA
CADA GRADO.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

I. LEER PARA NAVEGAR...

PRIMERO A SEXTO GRADO

- Si tienen posibilidades, y el grupo lo desea, es conveniente que agreguen otras obras de las escritoras y escritores incluidos en esta selección. Tal vez, algunas familias dispongan de una o varias de las obras de alguno de estos autores/as, que puedan mandar a la escuela; también podrían bajarla de Internet e imprimirla. Además, se pueden seleccionar algunos cuentos y poemas de otras/otros autores que aquí que se ofrecen.
- Recuerden propiciar un puente de ida y vuelta entre el aula y los hogares. Recomienden a las/los estudiantes que comenten todos los días en sus casas lo que hacen en el aula, que narren a sus familias lo que recuerden del cuento que leyeron, o que reciten un poema corto que memorizaron.
- Otra sugerencia importante: algunos de los textos tal vez despierten especial interés por parte de las y los estudiantes. En este caso, que siempre ocurre, más que conveniente, es muy importante hacer relecturas de esas obras.

1. MORITA CARRILLO



Morita Carrillo Delgado. Maestra y poeta venezolana. Nació en la Hacienda El Escondido, Nirgua, Edo. Yaracuy (Venezuela), el 21 de febrero de 1921. Hija de Tulio Carrillo y Justina Delgado, formó parte de una pequeña y modesta familia conformada por los padres y dos hijas: Josefa y Morita.

Comenzó a trabajar en 1938 en la escuela “Juan Manuel Velásquez Level”. Al llegar a Caracas decide mantenerse cerca de los niños y del aula. Concurra por un cargo en la Escuela Experimental Venezuela, y allí trabaja varios años hasta que el matrimonio y la maternidad la obligan a dejar la escuela.

Lectora incansable, Morita fue autodidacta. Estudió en su pueblo hasta sexto grado. Hizo una gira por toda América Latina dando charlas de literatura infantil; recibió la *Orden Andrés Bello* en 1962, y fue nombrada hija ilustre del Yaracuy. Existen tres bibliotecas públicas y una guardería infantil con su nombre.

La crítica literaria la consagró al calificarla como la poetisa venezolana cuya “obra no naufragó entre rimas y diminutivos”. Otros opinan que es la escritora venezolana “que ha sabido comprender el mundo alucinante de los niños” o “que su poesía pareciera escrita por niños”.

Publica su primer libro de poemas, *Festival del rocío*, en 1953. Después de esto, se desata con una larga lista de 21 publicaciones, entre muchas otras: *Cuadernos*

de Doñana (1954), *Escenario para los reyes magos* (1955), *Jardines del niño Dios* (1957), *Kindergarten de estrellas* (1959), *Columpios del Iris* (1963), *El canto de los días* (1964), *Once puertas y una estrella* (1965), *Tilingo* (1966), *Torres de celofán* (1968), *Morita Carrillo, Poetas yaracuyanos III* (1969), *Linterna de Papel* (1977), *Cancioncillas jardineras* (1979), *Llave siete colores* (1980), *La fuente de las voces*, *Edad de colores* (lecturas), *Jardín de lectura*.

En 1953 comenzó a trabajar en *Tricolor*, y cinco años después es nombrada Jefe de Redacción, en la época en que la revista estaba dirigida por Rafael Rivero Oramas. Prestó servicio en el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA). Fue asesora del Banco del Libro donde dirige la publicación denominada “Once puertas y una estrella”. Al regresar al INCIBA es designada para dirigir la publicación de dos colecciones infantiles: *Puente dorado* y *La estrella amiga*. En 1969 se desempeña en el Programa de Ediciones de la Fundación Festival del Niño, “*Páginas para imaginar*”.

Según el crítico literario, poeta y ensayista Efraín Subero, Morita propone los siguientes fines de la poesía infantil: Despertar profundas sugerencias en el alma del niño; señalar vías para el goce estético; enriquecer el caudal de imágenes del juego en su pensamiento; refinar su gusto y ayudar a estructurar su personalidad; estimular al niño para que se exprese bellamente, es decir, que le incite a crear; ayudarlo a descubrir, casi sin tener conciencia de lo que hace, que él sienta poéticamente; dejar en el inconsciente del niño un recuerdo maravilloso que se incorporará a su futuro desenvolvimiento, y crear en él una especie de conducta subjetiva, llamada a salvaguardar sus intereses espirituales.

Al final de su vida, una larga y cruel enfermedad la postró en cama y la fue aislando del mundo. Morita Carrillo muere en Nirgua, Edo. Yaracuy (Venezuela), el 30 de Septiembre de 1998, a la edad de 77 años, dejando a sus espaldas una vasta y maravillosa obra poética.

Ver más: [HTTPS://VOMITEUNCONEJITO.WORDPRESS.COM/2021/07/16/POEMAS-DE-MORITA-CARRILLO/](https://vomiteunconejito.wordpress.com/2021/07/16/poemas-de-morita-carrillo/)

El arbolito

Morita Carrillo

¡Mira mi arbolito!
parece un nené.
El cuerpo se llama tallo,
la raíz se llama pie.
Las ramitas son los brazos
y en el tierno cogollo
la cabecita se ve.

La guacamaya

Morita Carrillo

Creo que soy
un pedazo de carnaval.
Prima de la zaranda
bulliciosa.
Un vitral que galopa.
Un iris emplumado.
Una pizca de sol...
Pero si llevo el vuelo
desmadejado,
sólo soy
un harapo multicolor.

En mi escuela

Morita Carrillo

Ternura de la maestra,
caudal de palabra y miel.
En el bulto traigo libro,
cuaderno, lápiz, pincel.
Sé dibujar un conejo,
una silla, una niñita.
Y aprenderé a escribir pronto,
el nombre de mi mamita.

Bolívar el de los niños

Morita Carrillo

Simoncito fue pequeño,
hizo caballos de leño
y sobre ellos jineteó.

Una vez tuvo ¡cinco años!
usó calzones de paño
y botines de tacón.

Mordía guayabas, duraznos,
y cabalgaba en un asno
tras Don Miguel José Sanz.

Tenía tan corta estatura,
que se treparía en zancos
para hacer ciertas diabluras.

Cancioncita del merey

Morita Carrillo

Ésta es la
la cancioncita
del merey:
usa casco de soldado
y usa capa de rey.

Una vez en la casona,
cinco jaulitas ¡muy monas!
tenía Doña Concepción.
El diablillo abrió las puertas
volaron los pajaritos
y desde ese día Simoncito,
¡se sintió Libertador!

Mi casita es así

Morita Carrillo

Cuatro paredes ¡muy blancas!
El techo como una flor.
La campanita en la puerta.
¡Y una ventanita abierta
para que nos mire el sol!

La garza

Morita Carrillo

Va la garza por la arena
montada en un par de zancos...
¡Para no ensuciar la seda
de su vetidito blanco!

La cebollita

Morita Carrillo

Se puso la cebollita
camisa de celofán.
No quedó muy bien vestida
y otra camisa se puso,
y otra más
y otra más...
¡Hasta que cubrió del todo
su corazón de cristal!

Cumplédías de una flor

Morita Carrillo

Es cumplédías de una flor
y ella ofrece su pastel.
¿Lo va a comer el cigarrón
con cucharita de hoja miel?

Viene la abeja con su ayuda,
ella es campana sin cordel.
Alegremente el grillo barre
con escobita de llantén.

Bolívar Niño

Morita Carrillo

Simoncito
geniecillo de gloria
saltarín y fugaz,
está en medio
del mapa natural:
Por el Norte, papá,
al Sur, mamá,
al Oeste, Matea,
al Este, el Niño Dios.
Por iris vegetales
Simoncito veloz
y en ríos
de Aragua
como un pez.
¡Petro tierno
peinadito de luz
para correr!

¡Simoncito instantáneo
en carro de ilusión
en cada cuento
iba hasta el confín!

Tierra fragante en los zapatos,
cerros velludos bajo el sol...

Dios lo regala todo, todo
¡Es cumpleaños de una flor!

Oh, guacamaya de arcoíris
ángel de azúcar y papel...
Hagan un viaje de emergencia
¡Porque invitados son también!

Juan trapito, trapilinda y bonitela

Morita Carrillo

Éste es un matrimonio de trapo. Él se llama Juan Trapito. Se llama ella, Bonitela. El matrimonio tiene una nena. ¡Qué bella es Trapilinda! ¡Bella como una flor nueva! Sus padres pasean con ella. Ellos les dicen palabras tiernas. Bonitela mece a la nena. La mece en sus brazos suaves... brazos cariñosos y tibios... ¡brazos de madre buena!

Bonitela dice:

—Duerme mi pequeña... Trapilinda escuha. Abre mucho los ojos. Los ojos de Trapilinda son grandes. Grandes como margaritas abiertas.

Juan Trapito canta:

—Duerme Trapilinda... Arroró, mi nena, cierra los ojitos, vienen las estrellas...

El día que se multiplicó el arcoíris

Morita Carrillo

—¡Una carta del cielo, escrita con lápices de colores!

—¡Una carta de sol y de lluvia!

—¡Una carta!

Así decía el pregón de los seres del bosque. Aquella tarde había llovido...Y ahora todo estaba lleno de peces de cristal, cabellos de sol, serpentinas multicolores, rumor, brillos...

No se decía el pregón con palabras; lo repetían: trinos, colores, músicas, temblor de criaturas vegetales, finura del aire... Algunas aterciopeladas flores acuáticas, las ranas saltarinas y varios insectos con alas de celofán formaban una comitiva...

Los pájaros no dejaban de revolotear... y las mariposas pedían bellamente que las incluyeran en esa comisión. Pero es que no se podía hablar de grupos aislados,

porque todos iban hacia el mismo lugar como Reyes y Pastores tras el Cometa; como quien es halado por hilos invisibles hacia un punto de lejano encantamiento.

Lo cierto es que, alrededor de tanta belleza majestuosa, había remolinos de confusión. Algunas hormigas rojas y grandotas, dejaban de caminar y giran igual que trompos... Y dígame la mona, ésa no sabía que hacer, alborozada, brincaba con su monito sobre la espalda, soltando agudos chillidos.

Desde su hogar, en un árbol viejo, asomaban las cabezas calvas de tres periquitos; en la puerta de la vivienda, la madre, con un bojote guardado en el buche se disponía a dar alimento a sus nenes, cuando escuchó el anuncio... Con mucho apresuramiento dio de comer a los calvitos y salió disparada.

La incansable ardilla, gran reforestadora, sacudía la cola llena de contento y lucía magnífica con media fruta en cada mano, por ser ésa su costumbre: una parte para comer... y una parte para sembrar... Ella sin más ni más, abandonó su trabajo; corrió y saltó hacia donde retumbaba la voz que habitaba en todos y en ella misma...

Se apresuraron los colibríes cola-de-hilo, los tucosos montañeros, chirulíes, arrendajos, pájaros de siete colores, turpiales, carpinteros... y una bandada de guacamayas que gritaban sin parar:

—¡Una carta del cielo escrita con lápices de colores!

—¡Una carta viva como cintas de jardín!

Y comenzó un desfile nunca visto. Avanzaban en grupos, en parejas... o unos detrás de otros, llamados por aquel grito que salía del propio regocijo, pero que más bien parecía fluir del globo encantado del bosque.

Al fin... lo buscado, lo perseguido: el espacio desenvolvía su pliego poblado por millares de arco iris chiquitos. ¡Cuánta emoción! ¡Qué maravillosa carta! estaba escrita con rayitas de todos los colores... y por dondequiera se repetían sus franjas leves. Era un mensaje dibujado en el papel del aire por vuelos de tintas multicolores. ¿Qué había sucedido? Por aquí, por allá... cada rayo de sol como si fuera un lápiz mágico, había escrito una página cristalina y redonda, de cada gota de lluvia...

¡Ahhh...! De pronto, una nube cubrió el rostro de naranja del sol... Y la carta del cielo inclinada hacia lo que flota y se apaga, desapareció en forma instantánea ¡Qué aspaviento! ¡Qué horror!

—¿Qué le pasó a la carta escrita con lápices de colores?

—¿Por qué se fue la carta que pintó el cielo con su caja de creyones?

Aquella multitud silvestre lanzaba la pregunta con desesperación. Pero no hubo respuesta. ¿No habría respuesta?

Cabizbajos y consternados, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, fueron retirándose todos, de la ilusión y su lugar momentáneo... hasta que la frescura de la montaña, como un pañuelo, enjugó poco a poco el sabor de la tristeza compartida.

Cuando llegaron a sus hogares, cada quien por su camino, eran de nuevo seres felices...

Pasó el tiempo.. y aquellos momentos maravillosos quedaron convertidos dentro del recuerdo, en un hermoso cuento que flota y se apaga... pero en los días de lluvia se repite como un milagro, para los jóvenes... y para los más pequeños... ¡Una carta del cielo, escrita con lápices de colores!

El gallito Cantarile

Morita Carrillo

Desde que era un pollo zagaletón, Cantarile comenzó a dar demostraciones de que llegaría a ser un gallito diferente. Le horrorizaba sentirse uno del montón, un emplumado más.

Cantarile era muy original. Cada día, al despertar, saltaba del naranjo-dormitorio, al vecino muro blanco y afirmando sus patas vigorosas sobre el tejadillo, daba su saludo al amanecer, gritando lleno de energías poéticas:

—¡Quiquiriluz! -y su clarinada se volvía de oro en el viento.

Luego miraba hacia el jardín de la casa más cercana... y al divisar una rosa, una margarita, o una amapola, gritaba loco de entusiasmo:

–¡Quiquiriflor! Y abría tamaños ojos a la contemplación de la belleza. Después daba a todos, cortésmente el saludo mañanero y hacía algún comentario como éste:

–¡Bello día! ¡Ya he visto más de una mariposa de cuatro y dos colores!

El gallo Popi Cantor se enfurecía y sin poder contenerse lo trataba de tonto; la joven Plumiflora sonreía a su modo; la tía Cacarina blanqueaba los ojos con impaciencia, mientras que el viejo Crestarroja decía por lo bajo:

–Tendrá la cabeza llena de disparates... ¡pero es un buen muchacho!

Cantarile pensaba que ellos no alcanzaban a comprender la magia de sus palabras... y sin añadir ni pío se dirigía con pasos seguros hacia la ventana principal de la casa a la cual pertenecía el corral. La casa era una casa de pensión, la dueña de la pensión era la señora Chúa y en la pensión vivían muchos estudiantes universitarios.

–Cada uno de estos muchachos llegará a ser un doctor -decía con frecuencia Doña Chúa-. Y Cantarile sentía dentro de su pecho palpitaciones de asombro... Debido a esta circunstancia, Cantarile se dedicó por entero a mirar y admirar a los estudiantes. No les perdía pisada... Él pensaba que siendo como era, tan inteligente, si los imitaba, también podía llegar a ser doctor.

Llegado el momento los estudiantes marchaban a la universidad. Cada quien llevaba su expresión alegre y su haz de libros bajo el brazo. A la par de ellos, Cantarile salía también, llevando con orgullo un trocito de periódico, muy arrugado, bajo el ala.

Los estudiantes avanzaban por la calle; Cantarile, siguiendo el mismo rumbo caminaba dignamente por sobre el tejadillo rojo del muro. De allí saltaba a la cresta oscura de una pared contigua, para avanzar luego sobre otra y otra pared, hasta llegar a su lugar fijo, su puesto de observación: ¡un techo de aula de la mismísima universidad!

Más de un año llevaba el menudo gallito en estas andanzas, cuando un día notó un trajín desacostumbrado en los patios universitarios. Los estudiantes,

alborozados, correteaban y gritaban, se perseguían unos a otros y ...¡cosa curiosa! algunos llevaban en las manos unas inmensas tijeras de claridad y plata.

A Cantarile se le iban los ojos detrás de aquel bululú...

Se repetían gritos estridentes: ¡Otro nuevo! ¡Otro nuevo!... Y al "nuevo" lo rodeaban y al dejarlo libre tenía la cabeza tan pelona como las piedras grises que a diario veía Cantarile en el gallinero.

El pobre gallito se sintió sacudido por una fuerte emoción. ¡Habrá comprendido! ¡Todo aquello era necesario para llegar a ser doctor! -pensó Cantarile- ¡Me someto a la prueba!

Y... ¡Zacatás! Se lanzó del techo y comenzó a corretear y a golpearse el cuerpo con las alas con el propósito de hacerse notar. ¡Y sí que le dio resultados! Violentemente lo alzarón unas manos anchas y en sus oídos retumbó el grito: ¡Otro nuevo! ¡Otro nuevo!

En un dos por tres, aquellas tijeras enormes de claridad y plata, también a él lo dejaron sin una pluma en el cuerpo. Uno de los estudiantes de la pensión quiso facilitar la huida y sin más ni más lo lanzó hacia el tejadillo del muro. Pelón y friolento, pero lleno de felicidad por creer que se había graduado, Cantarile corrió hacia el gallinero con la gran noticia.

—¡Quiquiriluz! -le salió una voz carrasposa y apretada; una voz que más parecía de chivo que de gallo.

¡Cantarile estaba completamente afónico! ¡Se había resfriado por andar desnudo! Muy atribulado saltó del muro y cayó al suelo húmedo, cuan corto era. Toda la gente del gallinero al verle en tal estado corrió a prestarle ayuda. Nadie se figuraba lo que había pasado, con excepción de Crestarroja, quien por su experiencia de gallo viejo se imaginó lo acontecido.

—¡Tiene fiebre! -gritó la tía Cacarina después de tocarle con la punta del ala...

Un gran sentimiento de solidaridad se adueñó de los habitantes del corral y todos quisieron atenderle. Mientras que algunos gallos preparaban apresuradamente un colchón de hierbas, las gallinas juntaban hojas y hacían una colcha tibia. Por su

lado, Crestarroja le daba a tragar cristalitos de zábila... y con gran ternura Plumiflora le colocaba dentro del pico gotas frescas de agua.

¡Nada le faltó a Cantarile! En su lecho de enfermo estuvo siempre rodeado. Toda la gente del gallinero se turnó para cuidarle. Hasta los pollitos de mamá Cloclovi vinieron algunas veces a montarle guardia.

Un día cualquiera, Cantarile ya recuperado y completamente vestido, abandonó el lecho... y lanzó con voz muy nostálgica el "quiquiriquí" de los suyos. Crestarroja fue quien primero notó el cambio y acercándose con aires de sabio le dijo: –Mijo, ... siga siendo poeta, siga siendo un gallito diferente... Pero comprenda esto: usted podrá llegar a ser doctor a nuestro modo... pero doctor entre los humanos... ¡nunca! Ya vio como aquí todos le queremos...

–¡Quiquiriluz! ¡Quiquiriflor! -gritó Cantarile rebotante de dicha.

¡Había comprendido las palabras de su tía y se sentía en paz con el mundo entero! Con el tiempo, gracias a sus esfuerzos y a las experiencias que dentro del corral le brindaban los más viejos, nuestro personaje llegó a llamarse: Cantarile, el Doctor del Gallinero... y al lado de su esposa Plumiflora, fue un gallito muy feliz.

La tortugueta del frasco

Morita Carrillo

Amarillas de sol estaban las arenas del Orinoco, cuando salió el indiecito Pariguao con sus compañeros a buscar "tortuguillos" de los más tiernos.

Mientras más chiquiticos, más bobos -pensaba el jefecito indio.

Anda que te anda, juega que te juega... Habían llevado un canasto nuevo, una canoíta hecha de palmera y un raturo de concha casi rubia. ¡Ya todos los envases estaban llenos! Alguien quiso arrancar una comejenera, pero resultó que la panza de fina tierra era la vivienda de una familia llamada Avispitas Candela.

—¡Corre que te corre! -dijo el primero huyendo.

—¡Corre que te corre! -repitió Pariguao con estruendo.

Y en la huida se enterraban los piececillos en la tibia arena y algunos tortuguillos caían al suelo.

—Parece que lloran los recién nacidos -pensó Pariguao. ¡Ah!, pero no podría recogerlos...

El pájaro campanero dijo entonces su pregón alegre. Toda la pandilla se daba manotazos en las orejas. ¡Corre que te corre, vuela que te vuela! Había sobre la playa un frasco abandonado, de ancho cuello, color de agua, donde muchas veces el Iris había dejado a sus nietecitos dormir las siestas, (a los irisitos más pequeños). En este frasco que había servido de cofre para tesoros del cielo, cayó un tortuguillo en la desbandada.

—Yo pensaba ser Capitán del río -dijo por la noche a los luceros. Pero la noche lo llenó de sueño y cayó el alba de blancas sedas y nadie vino en su auxilio. ¡Qué mundillo el suyo tan lento! La abuelita, la mami, todos los hermanitos que parecían enanitos alegres, ¡eran pura cachaza! como dice la gente del pueblo.

—¡Ay! como decía un tortuguillo -ojalá que Dios pusiera a cada uno un relojito sonoro por dentro. ¡Pobre animalito! Arañó, pataleó, quiso trepar; rosigrana se puso cada una de sus pezuñitas de tanto esfuerzo. Las chicharras chirriaban, y al lado de las chicharras crujían las hojas secas. Entonces el tortuguillo resolvió quedarse quieto.

Como no tenían relojito ni noción del tiempo se fueron los días y los meses. El viento era tan fuerte y levantaba tanta arenilla leve que a los indiecitos se le tapaban los ojos y pasaban sin ver al tortuguillo de la cárcel de vidrio.

—Juega en tu cárcel de vidrio -le habían dicho las estrellas. —Y qué haré con el hambre que siento -preguntó el desconsolado animalito. Corazoncitos de pequeñas frutas te traerán las aves buenas. Y así fue. Hambre no pasó el tortuguillo. No pensó más en ser el capitán del río. Pero aprendió a estirar el cuello para tomar aire, del fresco, del mejorcito.

Pero aquel frasco era tan alto, que resultaba casi inútil el empeño... Lo malo fue que los pajaritos le ofrecieron tantos y tantos banquetes, que el tortuguillo creció

lindamente... ¡Y horror! Sintió un día que ya no podía moverse entre las paredes transparentes. Fue el día de los lagrimones memorables. Lloró y lloró en silencio y se puso a mordisquear el aire como un potrico tascando el freno. ¿Qué haré para salir de mi encierro? -decía la tortuguita mirando el cielo.

Otras veces al sentir los desaforados gritos de los indiecitos alegres, estiraba el cuello más que de costumbre y trataba de oír el nombre del jefe.

—¡Pariguao, Pariguao! -gritaban los demás indiecitos.

La tortuguita -recuerden que ya no era un tortuguillo- aprendió aquel nombre y lo repetía con el pensamiento, esperando ser atendida. ¡Pero nada! Días pasaban, días y días. Y de tan chiquito que resultaba ahora el albergue ella se iba a morir de apretujamiento.

Pero una tarde, cuando las barquitas hacían piruetas sobre las ondas del río, bajó de un corpulento árbol de caucho, un monito travieso y... ¡Qué ocurrencia!, quiso que aquel frasco fuera su lancha, capitaneada por la tortuguita. Dicho y hecho.

Con el largo frasco entre las manos se fue al río y ¡zas!, lo lanzó como un balón. ¿Qué pasaría? Con la sacudida se aturdió la tortuguita y el frasco pareció lirio de cristal a flor de agua, pero sólo por pocos momentos. El bamboleo imprescindible lo hizo chocar contra una piedra filuda que lo partió como al pan el cuchillo.

Ahora feliz entre amigas, que la llaman Vidritortu o la Tortuguita de Vidrio, ella se asolea en las arenas limpias y cada vez que le provoca se acerca al Orinoco y se baña en sus orillas.

2. AQUILES NAZOA



Nació en El Guarataro (en la parroquia San Juan de Caracas), en el seno de una familia de escasos recursos económicos. Sus padres fueron Rafael Nazoa y Micaela González.

A los 12 años empieza a trabajar para ayudar a su familia. Entre 1932-1934 se desempeñó en múltiples oficios: aprendiz de carpintería, telefonista y botones de un famoso Hotel de Caracas, y empleado de una bodega hasta que comienza a trabajar en el diario caraqueño *El Universal*.

Aprendió a leer francés e inglés, lo que le permitió obtener un puesto como guía turístico en el Museo de Bellas Artes de Caracas en 1938. Luego ingresa a trabajar en la emisora Radio Tropical. Durante este tiempo comienza a publicar sus poemas humorísticos. En este período también se incorpora al semanario satírico *El Morrocoy Azul* donde desarrolla sus dotes como humorista.

En 1944 viaja a Cuba, y allí dirigió la revista humorística *Zig-Zag* de La Habana, donde también participa en congresos y tertulias de intelectuales cubanos como Nicolás Guillén, Félix B. Caignet y Luis Carbonell Pullés.

En 1948 obtiene el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de escritores humorísticos y costumbristas. Dos años después aparecen sus libros *El Ruiseñor de Catuche* y *Marcos Manaure*, idea para una película venezolana. En los años 50 y 60 trabajó como guionista de películas como *La balandra Isabel llegó esta tarde* (1950), *El demonio es un ángel* (1951), *Noche de milagros* (1954), *Igualito a su papá* (1957), y *El raspado* (1964).

En 1956, el gobierno de Pérez Jiménez lo apresa y lo expulsa del país. Nazoa estuvo exiliado en La Paz hasta 1958. De regreso en Venezuela, en 1970 produce

el programa "Las cosas más sencillas" transmitido a través de la Televisora Nacional Canal 5. Disertaba sobre temas tan cotidianos de la vida, de la gente y de los objetos de una manera distinta, con su particular cosmovisión de la existencia.

Muere en un accidente de tránsito en la autopista Caracas-Valencia en zona cercana a la ciudad de Maracay.

Por su prolífica obra, recibió numerosos homenajes: la fecha del 17 de mayo fue instituida como Día Nacional de la Poesía, con motivo de cumplirse en 2020 el primer centenario del natalicio del poeta Aquiles Nazoa. Desde el 13 de diciembre de 2019, el Centro Cultural Aquiles Nazoa, tiene su sede en La Casona, el inmueble que sirvió de residencia oficial de los presidentes de Venezuela entre 1966 y 2012. También honran la memoria del poeta La U.E. Instituto Aquiles Nazoa de Valencia, el Cine Aquiles Nazoa de Caracas y la Casona Cultural Aquiles Nazoa de Guarenas y el Parque Aquiles Nazoa de la Urbanización Vista Alegre de Caracas.

Entre sus muchas obras, se mencionan: *Aniversario del color* (1943), *Método práctico para aprender a leer en VII lecturas musicales con acompañamiento de gotas de agua* (1943), *El transeúnte sonreído* (1945), *El ruiseñor de Catuche* (1950), *El silbador de iguanas* (1955), *Caperucita criolla* (1955), *Arte de los niños* (1957), *Poesía cotidiana* (1958), *El burro flautista* (1958, 1959), *Poesía para colorear* (1958). *Caballo de manteca* (1960), *Mientras el palo va y viene* (1962, 1963), *Poesías humorísticas, costumbristas y festivas* (1962), *Humor y amor de Aquiles Nazoa* (Antología. 1962), *Pan y circo* (1965), *Los últimos poemas de Aquiles Nazoa. Amigos jardines y recuerdos* (1978).

Fábula de la ratoncita presumida

Aquiles Nazoa

Hace ya bastantes años, doscientos años tal vez, por escapar de los gatos y de las trampas también, unos buenos ratoncitos se colaron en un tren y a los campos se marcharon para nunca más volver.

Andando, andando y andando llegaron por fin al pie de una montaña llamada “La Montaña Yo-No-Sé”, y entonces dijo el más grande:

—Lo que debemos hacer es abrir aquí una cueva y quedarnos de una vez, porque como no hay gatos, aquí viviremos bien.

Trabaja que te trabaja, tras de roer y roer, agujereando las piedras se pasaron más de un mes hasta que una hermosa cueva lograron por fin hacer con quiosco, jardín y gradas como si fuera un chalet.

Había entre los ratones que allí nacieron después una ratica más linda que la rosa y que el clavel.

Su nombre no era ratona como tal vez supondréis, pues la llamaban Hortensia que es un nombre de mujer. Y era tan linda, tan linda que parecía más bien una violeta pintada por un niño japonés: parecía hecha de plata por el color de su piel y su colita una hebra de lana para tejer.

Pero era muy orgullosa. Y así ocurrió que una vez se le acercó un ratoncito que allí vivía también y que, alzándose en dos patas, temblando como un papel, le pidió a la ratoncita que se casara con él.

—¡Qué ratón tan parejero! —dijo ella con altivez—. Vaya a casarse con una que esté a su mismo nivel, pues yo para novio aspiro, aquí donde usted me ve, un personaje que sea más importante que usted.

Y saliendo a la pradera le habló al Sol gritando:

—¡Jeeéy! Usted que es tan importante porque del mundo es el rey, venga a casarse conmigo, pues yo soy digna de ser la esposa de un personaje de la importancia de usted.

—Más importante es la nube —dijo el Sol con sencillez—, pues me tapa en el verano y en el invierno también.

Y contestó la ratona:

—Pues qué le vamos a hacer...

Si es mejor que usted la nube, con ella me casaré.

Más la nube, al escucharla, habló y le dijo a su vez:

—Más importante es el viento que al soplar me hace correr.

—Entonces —dijo la rata—, entonces ya sé qué hacer; si el viento es más importante voy a casarme con él.

Mas la voz ronca del viento se escuchó poco después diciéndole a la ratona:

—Ay, Hortensia, ¿sabe usted? Mejor que yo es la montaña —aquella que allí se ve— porque detiene mi paso lo mismo que una pared.

—Si mejor es la montaña con ella me casaré

—contestó la ratoncita, y a la montaña se fue.

Mas la montaña le dijo:

—¿Yo importante? ¡Je, je, je! Mejores son los ratones que viven a mis pies, aquellos que entre mis rocas, tras de roer y roer, construyeron la cuevita, de donde ha salido usted.

Entonces la ratoncita volvió a su casa otra vez y avergonzada y llorando buscó al ratoncito aquel al que un día despreciara por ser tan chiquito él.

—¡Oh, perdóname, Alfredito! —gimió cayendo a sus pies—, si me quieres todavía, contigo me casaré.

Por pequeño y por humilde un día te desprecié, pero ahora he comprendido –y lo he comprendido bien– que en el mundo los pequeños son importantes también!

Las lombricitas

Aquiles Nazoa

Mientras se oía
desde una rosa
la deliciosa
marcha nupcial
que con sus notas
creaba un ambiente
completamente
matrimonial,
dos lombricitas
de edad temprana
cierta mañana
del mes de abril
solicitaron
en la pradera
al grillo, que era
jefe civil.
Al punto el grillo
con dos plumazos
ató los lazos
de aquel amor.
Las lombricitas
se apechugaron
y se mudaron
para una flor.

Tras una vida
dulce y risueña
con la cigüeña
las premió Dios.
Y cuando abrieron
las margaritas
las lombricitas
ya no eran dos.
La primorosa
recién nacida
pasó la vida
sin novedad.
Y al cuarto día
de primavera
ya casi era
mayor de edad.
Quiso ir entonces
a una visita
y su mamita
le dijo: —¡No!
Mas de porfiada
salió a la esquina
y una gallina
se la comió.

Buen día, tortuguita

Aquiles Nazoa

Buen día, tortuguita,
periquito del agua
que al balcón diminuto
de tu concha
estás siempre asomada
con la triste expresión
de una viejita
que está mascando el agua
y que tomando el sol
se queda medio dormida
en la ventana.

Buen día, tortuguita,
abuelita del agua
que para ver el día
el pescuecito alargas
mostrando unas arrugas
con que das la impresión
de que llevaras enrollada
una toalla en el pescuezo
o una vieja andaluza muy gastada....

Glosa para volver a la escuela

Aquiles Nazoa

Comienza el año escolar,
y septiembre en Venezuela
vuelve a ser como una escuela
que se abre de par en par.

¡Oh, escuela de mi niñez
donde en las tardes llovía
quien pudiera, en un tranvía
ir a tu encuentro otra vez!

Cerca ya de la vejez,
no te he podido olvidar,
pues en mi afecto un lugar
donde aún me cantas, existe,
y en el que siempre más triste
comienza el año escolar.

Con tu pueril mirador
y tu violeta lechada,
yo te creía pintada
con lápices de color.

Y en tu jardín interior,
que era un jardín de novela,
llegué a pensarte gemela
del viejo Tontoronjil.

¡Y es que en mi infancia era abril
y septiembre en Venezuela!
¿Dónde está tu Director
con sus miradas siniestras?

¿Dónde tus lindas maestras
que nos mataban de amor?
A veces un tierno olor
a tela nueva, a canela,
de tu ambiente me revela
la vieja aroma dormida,

¡y entonces toda la vida
vuelve a ser como una escuela!
Y hoy, al volver la excursión
de niños a la mañana,
yo he vuelto a oír tu campana
cantando en mi corazón.

Deja, pues, que en tu salón
tome el último lugar
y permíteme soñar
que vuelvo a la edad sencilla
en que el mundo es un Mantilla
que se abre de par en par.

Conversación con un Cochino

Aquiles Nazoa

Cochino, buenos días.

Cochino, ¿cómo estás?

¿Qué me cuentas, cochino?

¿Qué novedades hay?

¡Espera! No te asustes:

no te vengo a matar.

Acércate, cochino:

cochino, ven acá.

Quédate aquí echadito

sin gruñir ni roncar,

y como dos amigos

vamos a conversar.

Tú no sabes, cochino,

qué lástima me da

saber que a ti la gente

no te suele nombrar

sino para hacer chistes

por lo hediondo que estás,

y que nadie en el mundo

se te puede acercar

sin decir: ¡fo, carrizo!,

sin decir: ¡fo, cará!

Yo, cochino, te admiro,

yo te admiro a pesar

¡Oh, imagen cochinesca

de la sinceridad!

Tú haces tus cochinadas

metido en tu barrial:

como eres un cochino,

te portas como tal

sin ocultarle a nadie

tu condición social.

Ni engañas ni te engañan:

tú vives y ya está;

sabes que mientras seas

cochino y nada más,

del palo cochinero

nadie te va a salvar,

y así esperando vives

tu toletazo en paz.

Hasta luego, cochino,

yo me voy a almorzar;

te prometo que el lunes

volveré a tu barrial

y si no te han raspado

volveremos a hablar.

Mas por si para entonces

no te vuelvo a encontrar,

de que con esa trompa
pareces un disfraz,
porque pese a tu aspecto
tan poco intelectual
y a ese absurdo moñito
que te cuelga de atrás,
ya quisieran, cochino,
los que te tratan mal
tener de tus virtudes
siquiera la mitad.

acércate, cochino,
ven, acércate más,
para darte en la trompa
mi besito final.

Fábula del rabipelado

Aquiles Nazoa

Al verse el rabo un día
cierto rabipelado
sintió un incontinente desagrado
observando cuán feo lo tenía.
Y en rápida visita
fue a pedirle prestado el de la ardita,
la cual ante su ruego
accedió con un fino: —Desde luego...

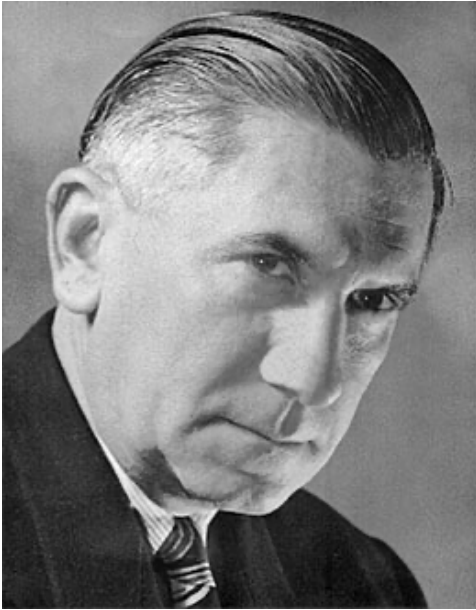
—¡Me queda como un clavo!,
dijo el rabipelado muy contento,
y dándole las gracias fue al momento
a mostrárselo a su esposa el nuevo rabo.

Mas la rabipelada,
que no estaba del préstamo enterada,

al verlo con el rabo de la ardita,
se asustó de tal modo, pobrecita,
que tomando al marido
por algún animal desconocido,
lo acometió de un brinco, y con fiereza
lo mató de un mordisco en la cabeza.

El cuento que aquí copio
nos demuestra, lector, que bien mirado,
más vale feo y propio
que bonito y prestado.

3. MANUEL FELIPE RUGELES



(San Cristóbal, 1903 - Caracas, 1959). Poeta y ensayista venezolano. Junto con José Antonio Ramos Sucre, Fernando Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Antonio Arráiz y Alberto Arvelo Torrealba, fue un destacado miembro de la «generación de 1918» venezolana, grupo poético que dejó atrás el modernismo y transitó hacia las vanguardias.

Manuel Felipe Rugeles fue encarcelado por sus críticas al gobierno de Juan Vicente Gómez, y en 1929 hubo de exiliarse en Colombia. De regreso a Venezuela en 1936, ejerció como director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio

de Educación y director de la Revista Nacional de Cultura. Formó parte del grupo "Viernes", cuya revista se convirtió en el vehículo fundamental de la vanguardia venezolana, y en la cual colaboró constantemente.

En sus primeras obras cultivó, entre otros, el tema erótico y panteísta, la solidaridad humana, que se funden en la expresión de un amor universal.

Posteriormente, Rugeles manifestó una profunda religiosidad que lo llevó a la afirmación de una fe total que implica la certeza de la redención final.

Dentro de la tendencia nativista y folclórica se encuentra su poemario titulado *Cántaro*, publicado en 1937; le siguieron *Oración para clamar por los oprimidos* (1940), *La errante melodía* (1943), *Aldea en la niebla* (1944), *Puerta del cielo* (1946), que recoge sonetos escritos entre 1944 y 1945, *Luz de tu presencia* (1947), *Memoria de la tierra* (1948), *Coplas* (1947), *¡Canta, Pirulero!* (1950), *Cantos de sur y norte* (1954), *Dorada estación* (1961) y *Plenitud* (1966). Entre sus ensayos cabe destacar *Poetas de América cantan a Bolívar* (1951), *Lo popular y lo folclórico en la Táchira* (1952) y *Sentido emocional de la patria* (1953).

[HTTPS://WWW.BIOGRAFIASYVIDAS.COM/BIOGRAFIA/R/RUGELES.HTM](https://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/rugeles.htm)

Barcos de papel

Manuel Felipe Rugeles

El niño de la montaña
lejos, muy lejos del mar,
hizo barcos de papel
y el agua los puso a andar.
Por los caminos del agua
los barcos de papel van.
Salieron de un mismo puerto.
¡Quién sabe hasta dónde irán!
Sopla los barcos el niño
y navegan al azar.
¡El niño de la montaña,
nacido lejos del mar!

El agua

Manuel Felipe Rugeles

¡Ay!, el agua se me escapa,
se me escurre por los dedos!
Es la misma, la que corre
por el rumbo del riachuelo.
Y en la luz de las cascadas
canta y baja por los cerros.
La del gozo de la lluvia
que da al campo un verde nuevo.
La que copia en el remanso
cielo y nube, y hoja y velo
La callada, la que pasa
por la huerta del labriego.
La que salta por los grifos
y se parte en mil reflejos.
La que todo lo hace limpio,
la que en nube toma el cielo.
La más clara: la del río.
La más pura: la que bebo.
¡Ay!, el agua se me escapa,
se me escurre por los dedos.

La tortuguita

Manuel Felipe Rugeles

¡La tortuguita
sale del río
a buscar el sol,
llena de frío!

¡La tortuguita
no tiene pena
y se ha dormido
sola en la arena!

¡La tortuguita
pierde el sentido.
Ya ni se acuerda
dónde ha nacido!

¡Se la trajeron
de San Fernando,
y ella no sabe
cómo ni cuándo!

¡Y en un acuario
de algas y flores,
ya la han pintado
de mil colores!

Deja de llorar

Manuel Felipe Rugeles

Deja de llorar ¡Niño: deja de llorar!
¡Que vas a agrandar el mar!
En la arena haciendo barcos y castillos
se diría que todo lo has de alcanzar.
¡Pero deja de llorar!

¡Tu padre salió de día
y ahora habrá de tornar
con su red de pesquería
y sus peces de cristal!

¡Pero deja de llorar!
¡Que vas a agrandar el mar!

LA PERLA

Manuel Felipe Rugeles

En caja de nácar la perla ha nacido.
Y en caja de nácar mis ojos la vieron.
Que es gris, dicen unos.
Otros, que azulada.
Que tiene un oriente de rosa, lejano.
Del mar de las perlas, con luz del Caribe,
la perla que he visto la quiero en tus manos.
Nieve de tu cuello. Luz de tu garganta.
¡Niña de la isla, mi perla más blanca!

ARCO IRIS

Manuel Felipe Rugeles

Doradas gotas de lluvia
con sol del amanecer.

El arco iris en alto
salen los niños a ver.

Por su escala de milagro
quieren al cielo ascender.

Cauda de siete colores,
dicen que baja a beber
a los ríos y cascadas,
cuando se muere de sed.

PRIMAVERA

Manuel Felipe Rugeles

Olor de la primavera
en el huerto de mi casa.

Olor de frutas maduras
y olor de miel de la caña.

Olor de la rosa nueva
y olor del jazmín de plata.

Olor de tierra con lluvia
y olor de brisa que pasa.

Todos los voy percibiendo
en la luz de la mañana.

LA FLOR

Manuel Felipe Rugeles

Qué pegadita a la tierra
con sus fibras la raíz.
Tallo leve, cáliz breve,
hojas de verde espadín.

El polen en los estambres
oro que se ha de esparcir,
ya convertido en semilla
sobre la luz del jardín.

Madura de sol y lluvia,
al germinar en abril,
ha de ser –flor de milagro–
¡rosa, clavel o alhelí!

EL CLAVEL

Manuel Felipe Rugeles

Ha nacido
la luz del clavel.

Ya se viste de rojo el vergel.

Hay olor de canela y de miel.

La flor para ella. Y el sí para él.

EL MAÍZ

Manuel Felipe Rugeles

Cuando florece el maizal,
después que pasa el invierno,
son regalo celestial
las trojes de maíz tierno.

Leve desgranar sonoro
de la espiga del maíz.
El campesino es feliz
contando sus granos de oro.

Hacen rueda singular
los gallos y las gallinas,
y hay júbilo en el hogar
de las gentes campesinas.

Al son de la primavera
labriegos cantando van.
Por la tarde volverán
de la alegre sementera.

Se encienden las barbas rojas
de las mazorcas al sol,
y arde el primer arrebol
del iris sobre las hojas.

LA NIÑA PINTA UNA CASA

Manuel Felipe Rugeles

Con su caja de creyones
la niña pinta una cosa.
El techo viste de rojo,
de añil puertas y ventanas.

El jardín todo de verde.
De amarillo las barandas.
Las flores que le ha pintado,
unas rojas y otras blancas.

Con un morado de lila
llenó la tarde lejana.
De gris y rosa las nubes.
De azul toda la montaña.

Puso un camino de ocre
desde el huerto hasta la casa.
Un árbol castaño y verde
y un arroyuelo de plata.

4. ARMANDO JOSÉ SEQUERA



Armando José Sequera es escritor, periodista y productor audiovisual. Nació en Caracas, el 8 de marzo de 1953. Ha publicado cerca de 50 libros, la mayoría de ellos para niños y jóvenes. Ha obtenido 16 premios literarios, tres de ellos internacionales: Premio Casa de las Américas (1979), Diploma de Honor IBBY (1995) y Bienal Latinoamericana Canta Pirulero (2001). En 2006 fue nominado al Premio Astrid Lindgren por el Banco del Libro.

Ha obtenido 17 premios literarios, cuatro de ellos internacionales: Premio Casa de las Américas (1979), Diploma de Honor IBBY (1995), Bienal Latinoamericana Canta Pirulero (1996) y Premio Internacional de Microficción Narrativa “Garzón Céspedes” (2012).

Entre sus muchas obras, se encuentran: *Evitarle malos pasos a la gente* (cuentos para niños y jóvenes), *El otro salchicha* (cuentos, Fundarte, Caracas, 1984), *Alegato contra el automóvil* (ensayo, Academia de la Historia, Caracas, 1985), *Escena de un spaguetti western* (cuentos humorísticos, 1986), *Cuando se me pase la muerte* (cuentos, 1987), *Fábula del cambio de rey* (relato para niños y jóvenes, 1991), *Vidas inverosímiles* (relatos biográficos históricos, 1994).

Con el motor encendido

Armando José Sequera

Una noche en que papá llegó de dar clases y estaba muy cansado se sentó a ver televisión y se quedó dormido.

Cosa rara, porque nunca había ocurrido, papá se puso a roncar.

Teresa abrió los ojos, asombrada, y le dijo a mamá:

—¡Ay, mami, tienes que apagarlo, porque se le quedó prendido el motor!

NUEVO DE VERDAD

Armando José Sequera

Cuando nació el bebé de Marta, la amiga de mamá, fuimos a la clínica a conocerlo.

Pudimos verlo a través de una vidriera, dentro de una cuna transparente, dormido.

Sólo tenía puesto un pañal y, alrededor de su cuna, había una luz encendida.

Del dedo pulgar de su pie derecho colgaba una etiqueta.

Viéndola, Teresa comentó:

—De verdad es nuevo: todavía no le han quitado el precio.

LA EDAD DE LAS MENTIRAS

Armando José Sequera

Un día de fiesta, a eso del mediodía, mamá le preguntó a Teresa si había limpiado y arreglado su cuarto como le había ordenado, y mi hermana contestó que sí.

Pero al rato, cuando fue a llevarle unas sábanas recién planchadas

para que cambiara las que tenía en su cama, descubrió que el cuarto seguía desordenado y el piso sin barrer.

—¡No me gusta que me mientas! —la regañó mamá-. ¡Yo, a tu edad, no decía mentiras!

Pero hasta ahí llegó el regaño, porque mi hermana le preguntó:

—Mami, ¿y a qué edad empezaste?

Espantarle las tristezas a la gente

Armando José Sequera

No hay cosa que el tío Ramón Enrique no arregle con un cuento: que si se están peleando dos hermanos, ahí va un cuento sobre dos hermanos a los que amarraron espalda contra espalda hasta que aprendieron a tolerarse.

Que si a la tía se le quebró un santo de yeso, ahí va el cuento del milagro del santo que después de romperse se recompuso; que si mi mamá dice que tanto jugar béisbol a pleno sol me va a embrutecer, ahí va el cuento del muchacho al que el sol deritió y después resurgió de la tierra más fuerte, más inteligente y de mejor corazón.

Una noche al terminar una fiesta -yo aún estaba despierto, borracho de música-, le oí decir:

—A mí me gusta contar cuentos, para espantarle las tristezas a la gente.

Y hasta que me dormí le oí hablar de un médico que no podía curarse a sí mismo porque cobraba muy cara la consulta y no tenía dinero para pagarse y de un gato que cazó mi abuelo, que de exageración en exageración terminó convertido en tigre y de un tartamudo que aprendió a hablar por señas y entonces le dio mal de San Vito y de un amigo suyo de la isla de Margarita que orinaba hormigas y de una mujer que conoció en Italia, tan bella que su sombra era de colores.

Varias navidades al año

Armando José Sequera

En mi casa se celebran varias navidades al año.

De hecho, el año pasado tuvimos ocho además de la verdadera, y el antepasado, cinco.

Basta que al abuelo Salvador, al tío Ramón Enrique, a la tía Petra o a mamá se le ocurra tener su propia Navidad y ahí mismo toda la familia se suma al capricho.

Entonces, entre todos fabricamos un nacimiento, con su Niño Jesús, su San José, su Virgen María, sus pastores y sus Reyes Magos, decoramos un árbol con nieve de mentiras y le colgamos poemas, dibujos, casas, frutas de mazapán y animales de plástico. Cantamos villancicos, hacemos y compartimos una cena e intercambiamos regalos y abrazos como si en realidad fuera Nochebuena.

La idea fue de la tía Petra, a ver si así se nos quitaba la nostalgia navideña que, antes, nos duraba todo el año.

San Nicolás en mi casa

Armando José Sequera

Una Nochebuena, San Nicolás tocó en la puerta de mi casa, no para traernos juguetes a los niños de la familia, sino para pedir un favor.

Como se le habían resfriado los renos, con el cambio de clima de los polos al trópico, quería que le prestaran para su trineo unos chivos que el tío Ramón Enrique estaba criando.

El tío se los prestó, pero después los chivos no regresaron, cree el tío que porque en nuestra casa no hay lujos ni dinero y ellos se acostumbraron a la buena vida, pero dice la tía Petra que porque se veía desde lejos que ese San Nicolás no era de verdad.

La cometa que le dio la vuelta al mundo

Armando José Sequera

Yo era muy pequeño cuando el tío Ramón Enrique remontó una cometa que le dio la vuelta al mundo.

Un domingo en la mañana, la puso en el aire y la mantuvo allí día y noche, durante muchos meses, con ayuda de los muchachos de la cuadra.

Un día, después de usar como ciento treinta mil rollos de hilo, supo que la cometa le había dado la vuelta al mundo porque apareció volando a su espalda.

Y aunque se veía que la pobre había soportado calores y tempestades, pues tenía el papel descolorido y la cola desgastada, él no dudó de que fuera la suya, porque le había pintado una sonrisa y la sonrisa se mantenía intacta.

Le regalamos un telescopio al abuelo

Armando José Sequera

Le regalamos un telescopio al abuelo. Más vale que no.

Nos pidió que subiéramos su mecedora al techo para establecer su observatorio. Después, que lo subiéramos a él: con cuidado, que tengo esta pierna enferma. Posteriormente, la abuela dijo que ella no se quería quedar sola y hubo que subirla también.

Bajarlos es más complicado que subirlos: parece que se nos fueran a caer. Una vez en tierra hay que escuchar las narraciones acerca de lo que ambos han visto.

Si supieran que el telescopio no tiene vidrios.

Pequeña sirenita nocturna (*)

Armando José Sequera

El mismo día que cumplí once años, el tío Ramón Enrique salió bien temprano para el Parque Morrocoy y cerca de una de las islas pescó una sirena. Por la tarde, cuando regresó a Barquisimeto, la metió en una jarra transparente y me la regaló.

La sirena hacía un ruido con la garganta que sonaba como “olaadí” y así la llamamos. Era del tamaño de una anchoa, tenía el cabello rubio y largo, tan largo que le cubría toda la espalda. Su mitad de mujer era tibia y muy suave y la de pez bastante áspera. Lo que más me gustaba de ella eran sus ojos enormes y sus pechos chiquiticos como un par de frijoles.

Al principio nadaba asustada en círculos dentro de la jarra, a la que puse en mi mesa de noche. Luego se quedó tranquila, cuando miró en lo profundo de mis ojos y supo que yo era incapaz de hacerle daño.

Durante los primeros días la tía Petra, mamá y mi abuela se escandalizaron de su desnudez y no recuerdo cuál de ellas le cosió unos sujetadores que se negó a usar. Después la aceptaron como estaba y hasta le tomaron cariño, sobre todo desde la tarde en que comenzó a cantar.

Esa tarde, con su voz delgadita como el hilo del que cuelgan las gotas de lluvia, entonó una canción que resquebrajó la jarra y estuvo a punto de causarle una desgracia. A partir de ese momento, cada vez que cantaba la metíamos en una olla de peltre, en cuya superficie sobrenadaba un tapón de corcho que ella usaba como asiento flotante.

En el año y medio que vivió con nosotros aprendió a hablar como los indios de la televisión y repetía con acento extranjero todas las groserías

que mis primos, mi hermano y yo le enseñábamos.

Como antes de dormirse en el fondo de la jarra le encantaba escuchar la música de Mozart, a partir de no sé qué momento y hasta que la devolvimos al mar, la llamamos “Pequeña sirenita nocturna”. Después el nombre nos pareció muy largo y solamente la llamábamos “Pequeña”. Únicamente la tía Petra siguió llamándola *Olaadí*.

Un amanecer me despertó su llanto. Gemía con ese silbido cristalino que hacen las copas llenas de agua, cuando hace frío y se les acarician los bordes.

Demoró bastante en serenarse. Cuando lo hizo me habló con franqueza. Me dijo que desde hacía varias noches esperaba que yo me durmiera para ponerse a llorar. No quería que me sintiera culpable de su tristeza.

Me molestó saber que quería volver al mar, pero al rato comprendí que ella vivía en la jarra como una prisionera y no como una amiga.

Esa misma mañana el tío Ramón Enrique nos llevó hasta la isla donde la había capturado. Tardamos casi tres horas en llegar y, durante el viaje, a la sirena se le alegraron los ojos como si repentinamente se hubiera enamorado.

Chocolate

Armando José Sequera

Yo sé que llamar Chocolate a mi perro no es nada original, pero cuando papá me lo regaló hace quince días, me dijo:

—Deberías llamarlo Chocolate. Mírale el pelaje: tiene el mismo color del chocolate de leche.

Yo quise ponerle un nombre distinto, para sentirlo más mío, y le puse *Spiderman*. Pero mi perro no tenía nada de héroe y menos de araña. Le daba miedo las lagartijas que entraban a la casa y huía de las mariposas que se detenían en el jardín.

Luego lo llamé *Paralelepípedo* porque es una palabra difícil y así nada más yo sabría cómo decirle, pero mamá opinó que ese nombre era muy largo y no tenía sentido en un perro. Por eso, decidí que, mientras se me ocurría algo mejor, lo llamaría *Sin nombre*.

El asunto se resolvió al tercer día de estar en casa, cuando *Sin nombre* me vio comerme un chocolate.

Levantó el hocico, olfateando el aire como un sabueso detective, me miró como diciéndome ¡dame! y, en vista de que no le di nada, me saltó encima.

Entonces, de un mordisco, se adueñó del chocolate que me estaba comiendo.

—Mamáaaaa —grité. Y en ese momento me acordé de que estaba solo, que mamá estaba visitando a la abuela. Papá tiene año y medio que no vive con nosotros.

Empecé a regañar al perro, pero lo vi comerse mi chocolate con tanto gusto que me quedé callado.

Cuando terminó, *Sin nombre* se me quedó viendo, como preguntándome si tenía más de aquello tan sabroso.

—No —le dije, y abrí la mano donde aún quedaba un resto del chocolate que él me había arrebatado—, sólo este pe...

No me dejó terminar la frase: saltó sobre mi mano y, con una velocidad de ninja, lamió el poquito de chocolate.

Pensé contarle a mamá lo que había pasado, pero comprendí que eso podía asustarla. Ella no estaba muy de acuerdo con que yo tuviera un perro en el apartamento.

Mientras tanto, *Sin nombre* no le quitaba los ojos a mi mano. Para mostrarle que no me quedaba más chocolate, la abrí.

Dio otro salto y, en menos de un segundo, lamió las desvaídas huellas castañas que quedaban.

—¡De verdad te tengo que llamar *Chocolate*! —le dije—. *Chocolate* movió la cola como si aceptara el nombre y, cuando mamá regresó, le dije que había aceptado la sugerencia de papá para llamar al perro.

No le conté lo que ocurrió, ni le conté que *Chocolate* era más fanático que yo del cacao.

Eso ocurrió ayer. Esta mañana mamá se levantó temprano para hacer un pastel de chocolate para la abuela, que cumple años.

El pastel le quedó increíble —como siempre—, súper apetitoso. Apenas lo vio enfriándose sobre la mesa de la cocina, *Chocolate* se subió sobre la silla más próxima y le dio un mordisco. Uno solo, pero vaya mordisco. Yo creo que ni un tiburón le hubiera arrancado un pedazote tan grande.

—¡Chocolate, ¿qué hiciste?! —le pregunté entre susurrando y gritando—, mientras lo separaba del pastel, al que ya estaba a punto de dar un segundo mordisco. Mamá se estaba duchando en ese momento, pero la escuché salir del baño. Y no sólo salir del baño, sino encaminarse a la cocina, mientras arreglaba la toalla que se había anudado en el cabello.

Pensé rápido: bajé a *Chocolate* de la mesa y con un trapo le limpié el hocico.

Al instante, agarré un pedazo de pastel y me lo metí en la boca.

Cuando mamá entró a la cocina, vio mi boca y sus alrededores llenos de chocolate y que al pastel le faltaba un mordisco de tiburón.

Primero bufó como si fuera un toro. Luego, respiró hondo —bien hondo—, y cuando yo esperaba un grito, un juicio rápido de culpabilidad y el veredicto en forma de ¡El sábado no vas al cine! o ¡Esta semana te quedas sin postre!, sonrió y dijo:

—¡Aquí, quien se debería llamar *Chocolate* eres tú!

Nubes en el cielo

Armando José Sequera

Donde Pedro vivía no llegaba el agua por tuberías.

Era un lugar muy alto en la montaña. Tan alto que al pueblo lo llamaban *El Cielo*.

El nombre era irónico: en *El Cielo* había mucha pobreza y demasiado frío. Nada de la calidez celestial que creemos hay en ese oasis que llamamos Paraíso.

La neblina envolvía a El Cielo por las tardes, las noches y las primeras horas del día como un abrigo, pero, en vez de rechazar al frío, era ella quien lo llevaba.

Pese a las bajas temperaturas, sus habitantes debían levantarse temprano para acarrear agua desde cientos de metros más abajo, donde el líquido formaba un manantial.

Un sábado, habiendo amanecido Pedro con sus padres en la calurosa ciudad entre la montaña y el mar, vio que de los aparatos de aire acondicionado que había en las casas y apartamentos brotaban gotas de agua.

Estas gotas corrían por mangueras y formaban charcos en el suelo. Charcos grandes o pequeños, según el tiempo que los aparatos estuvieran encendidos.

Pero la gente de la ciudad, a la que el agua le llegaba por extensas redes de tuberías, no la valoraba. Preguntando, Pedro averiguó que se trataba de agua pura, como la que fluía de las nubes.

En su casa no se precisaba un aparato de estos sino otro que extrajese el frío estancado bajo la piel como un lagarto dormido. Y, aunque lo hubiesen necesitado, eran tan pobres que no podían comprar uno.

Pensando esto, a Pedro se le ocurrió una idea. Su abuelo había trabajado en una hacienda ganadera y le había enseñado cómo usar una sogá para enlazar novillos y potros.

Él no había ido nunca a una hacienda ganadera y sólo había enlazado al perro, al gato, a maderos inmóviles, a sus amigos y al propio abuelo.

Recordó que, en algún lugar de la casa, se guardaba una sogá.

Se acordó también que, por las noches y en las mañanas muy temprano, las nubes pasaban por los costados de su casa y a veces ante la propia puerta.

Al regreso, por la tarde, cuando encontró la sogá, hizo un lazo en un extremo y practicó un rato atrapando a su hermana, al gato, al perro y a su mamá.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, se colocó su único abrigo y, pese al frío, se apostó en la puerta de la casa.

Tiritaba.

Cuando al fin vio venir hacia él a una nube redonda, suavemente blanca, cargada del agua más pura del mundo, le salió al paso.

Levantó la sogá lentamente y, aprovechando que la nube viajaba desprevenida, la capturó por uno de los muchos salientes que presentaba.

La nube dio un chillido, como el de un pájaro que choca contra una telaraña, pero se quedó quieta.

Luego se dejó conducir por Pedro hasta la parte trasera de la casa.

Desde ese momento, la familia de Pedro no tuvo que bajar por agua al manantial.

Todas las mañanas ordeñaban la nube, como a una vaca, y el agua que ella les proporcionaba bastaba para toda la familia.

Muchos vecinos quisieron tener también su propia nube, pero a partir de que Pedro capturara una, las demás se cuidaron de pasar por las calles de El Cielo.

Una madrugada, a Pedro lo despertó un ruido raro. Un lamento –lo había oído en una grabación– como el que hacían las ballenas.

Pedro se levantó y descubrió que el ruido o lamento provenía de la parte posterior de la casa. Del lugar donde se hallaba la nube.

Hacía muchísimo frío. Se puso su abrigo y salió.

Cuando me contó su historia me dijo que, de inmediato, supo que quien producía el ruido era la nube y que en verdad se trataba de un lamento.

La nube lloraba y, al hacerlo, destilaba agua por un costado.

No supo cómo, pero en su mente aparecieron sucesivas frases, igual que los subtítulos de una película, y se enteró de que la nube estaba triste porque había perdido su libertad.

–¡Pero te necesitamos! –exclamó Pedro–. Tú nos das el agua que usamos.

–Cuando estamos libres –dijo la nube en la mente de Pedro–, damos agua. Si estamos prisioneras, lágrimas. Lo que ustedes beben son mis lágrimas.

A Pedro se le hizo un nudo en la garganta y se estremeció, tanto de frío como de vergüenza. Pensó que si él estuviera prisionero también echaría de menos su libertad.

–No sabía eso –se excusó.

Sin pensarlo mucho, fue hasta el costado de la nube aprisionado por la soga y la liberó.

–¡Gracias! –dijo ella, no en la cabeza de Pedro sino con su voz líquida–. No te preocupes por el agua que, de ahora en adelante, mientras estés aquí, nunca te faltará.

Esa es la razón por la que en casa de Pedro y en el pueblo de El Cielo ya nadie baja hasta el manantial a buscar agua.

¡Pero me falta cuento!

He olvidado contar que, desde ese episodio, la nube pasaba todas las mañanas por la casa de Pedro y descargaba el agua que la familia requería.

Al ver esto, los vecinos hablaron con la mamá de Pedro y ella con su hijo y éste con la nube para explicarle que la falta de agua no era sólo un problema de su familia.

La nube habló con sus parientes y amigos y por eso, si usted alguna vez pasa por el pueblo de El Cielo, tendrá la visión más maravillosa del mundo.

Todos los días, mientras el sol se despereza, junto a cada casa, cientos de personas reciben el agua que voluntariamente les proporcionan las nubes.

Algunas familias han puesto tanques en el techo y otras han hecho pozos subterráneos para que las nubes no tengan que visitarlos a diario, aunque igual casi todas lo hacen.

En El Cielo ya no son pobres porque el que tiene agua y es amigo de las nubes cuenta con las mayores riquezas que existen: la amistad y el amor de la naturaleza.

5 . MERCEDES FRANCO



Mercedes Franco nació en El Tejero, Monagas, Venezuela, el 3 de noviembre de 1948. Es novelista, cronista y escritora de literatura infantil venezolana. Estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela. Tuvo proyección nacional por sus crónicas diarias, publicadas por más de diez en la columna “Cantos de Sirena”, del diario El Nacional.

Con su novela *La Capa Roja* incursionó en la narrativa, con la cual obtuvo un voto como ganador del Concurso Planeta en el año 1992. En el año 2006 publica su más reciente obra: la novela histórica *Crónica Caribana*.

Sus libros para niños han sido un éxito editorial en la literatura infantil venezolana, leídos por niños y adolescentes en las escuelas y liceos. Su libro *Vuelven los fantasmas* tiene más de cinco ediciones por Monte Ávila Editores

Latinoamericana. Por este libro obtuvo el premio internacional IBBY en 1998.

Fue directora del Canal Musical de la Radio Nacional de Venezuela y su programa “Cosas de Venezuela” se transmitió por más de veinte años por esta misma emisora radio. Además, es profesora universitaria; ha sido traducida a varios idiomas y en 2008 fue nominada al Premio Astrid Lindgren por el Banco del Libro. Además de las antes citadas, entre sus numerosas obras, se encuentran: *Cantos de Sirena* (Crónicas), *Vuelven los Fantasmas* (Cuentos infantiles), *Cuentos para Gatos* (Cuentos infantiles), *La Piedra del Duende* (Cuentos infantiles), *El arreo y otros Cuentos*, *Cuentos de la Noche*, *Diccionario de Fantasmas*, *Misterios y Leyendas*.

Criaturas Fantásticas de América (Cuentos infantiles), *Simón coleccionaba tortugas*.

La gallina fantasma

Mercedes Franco

Aspecto: una gallina gorda y hermosa.

Lugar de aparición: en los caminos solitarios cercanos a Clarines.

Origen: siglo XIX.

En Clarines, población del estado Anzoátegui, los campesinos no comen sino gallinas que ellos mismos crían en sus casas. Así que, si ven alguna suelta por el monte, ni se les ocurra atraparla, porque podría ser “La gallina fantasma”.

Cuenta la leyenda que, hace casi un siglo, un campesino iba por el camino de Clarines cuando vio una hermosa gallina y llena de salud. Pensando en un delicioso sancocho, el viajero trató de atraparla sin conseguirlo.

Siguió al animal hasta un monte espeso y reseco, donde encontró una tumba solitaria, con su cruz. La gallina se echó tranquilamente sobre aquella tumba, y unos segundos después dejó allí un huevo y desapareció misteriosamente entre la maleza.

El hombre recogió el huevo, pensando que al menos algo le había quedado de aquella persecución, pero cuando lo tuvo en la mano se transformó en una piedra grande y redonda, de esas que en Oriente llaman “guarataras”.

Espantado, el campesino arrojó inmediatamente la guaratara, que fue a caer sobre la tumba. Y después de una larga carrera llegó al fin a Clarines, donde contó lo que le había pasado.

Allí un anciano le relató la historia de un hombre que vivió en aquel pueblo y que después de cometer muchos crímenes, fue asesinado por uno de sus enemigos. Ese hombre fue sepultado en aquella tumba olvidada en el monte.

Desde entonces, su alma atormentada vaga en forma de una gallina y pone huevos que se transforman en piedras, porque de esa manera logra que la gente arroje piedras sobre su tumba. Y por cada piedra que recibe, se le perdona uno de sus pecados.

Don Juan de los Vientos

Mercedes Franco (Leyenda venezolana)

Don Juan de los Vientos es el nombre que se le da en los pueblos de la sierra de Falcón. Este enigmático personaje duerme durante todo el año en la cueva de La Dolorita y despierta en el tercer mes de cada año.

Entonces desata todos los vientos del monte, para que los muchachos puedan remontar bien sus cometas y los pájaros volar aún más alto. Pero es peligroso entrar en la cueva de La Dolorita justamente en marzo, cuando don Juan está despierto. Quienes lo han hecho, no vuelven a salir jamás, se convierten en pájaros si son hombres y en mariposas si son mujeres.

El único caso que se conoce es el de don Agustín Arteaga, un viejo cazador de la región, que olvidó lo del “encanto” de La Dolorita. Resulta que uno de sus perros se introdujo en la cueva, tras un cachicamo, y don Agustín fue tras el animal. Al entrar a la gruta lo primero que lo sorprendió fue el apacible silencio.

El cachicamo parecía dormir en plácida actitud y el perro lo miraba atento, sin atreverse a avanzar. Una señora de dulce rostro cosía sentada en un sillón y el cazador, que no encontraba el lugar por donde había entrado, le preguntó:

—¿Podría indicarme la salida, buena señora?

Ella canturreó juguetona:

—¡Es tan fácil entrar como salir. Pero te lo digo, hay que sufrir!

Don Agustín empezó a inquietarse, todo parecía herméticamente cerrado. La señora cantó, burlona:

—Ya viene mi esposo, oigo la llave... Pronto serás tan sólo un ave...

Enfurecido, don Agustín sacó su enorme cuchillo de caza. La señora dio un salto, aterrada. El cachicamo huyó. El cazador intentaba abrir un agujero con el cuchillo. En su desesperación por horadar la roca se cortó la mano y cayó la sangre sobre el piso de la cueva, que inmediatamente se abrió.

—¡Encontraste cómo salir. Pero te lo dije, hay que sufrir!

La sangre abría la entrada de la cueva. Eso fue lo que contó don Agustín Arteaga en Suruy, pero desde entonces no regresó por esos lados de La Dolorita. Y se conformó con cazar en el mes de agosto.

La dientona

Mercedes Franco

En Tovar, población del estado Mérida, nadie sale de noche. Temen encontrarse con «La Dientona». Por su aspecto, no parece capaz de hacer daño a nadie: dicen que posee un rostro angelical y larga cabellera rubia. Refieren los ancianos que dos jóvenes del pueblo, René y José Jesús, poetas y serenateros andaban una noche de parranda cuando vieron a una linda muchacha rubia. Les dijo que era poeta y les pidió que la acompañaran, pues ya era de madrugada.

—Puede ser «La Dientona», —le susurró René a José Jesús.

—Claro que no, tonto, ¿no ves lo linda que es? —ripostó el otro.

—Tiene los dientes un poco grande, —insistió René.

—Bueno —protestó la joven— secretos en reunión es mala educación.

Echaron a andar, cada uno al lado de ella. Ambos rivalizaban por despertar su interés. Llegaron al fin a la casita solitaria. La rubia los invitó a pasar, e invitó a René al jardín, para escribir poemas bajo la luna.

—¡Tomate un traguito! —le gritó desde lejos la mujer al otro.

El poeta obedeció, pero después de una hora se aburrió. Decidió irse y quiso despedirse de su compadre. Lo llamó y nadie respondió. Sólo se oía un extraño sonido, como el ruido que hacen los perros al masticar huesos. José Jesús se acercó a un rosal florecido y vio a la bella rubia comiéndose tranquilamente a su amigo. El poeta escapó invocando a la Virgen de la Candelaria.

El Río y el arroyo

Mercedes Franco

Un día, un arroyito que bajaba cantando de la montaña se encontró con un gran río que corría con fuerza entre grandes piedras oscuras. Corrieron juntos un buen trecho, pero luego el arroyito se desvió por una zanja del camino y volvió a su paso lento entre hierbas y flores.

—¡Apresúrate! Oyó que le gritaba el río desde lejos-. ¡A ese paso nunca llegarás al mar!

—¿Al mar? ¿Y qué es el mar? -preguntó el arroyito.

Pero el río ya se había alejado y no pudo contestarle.

—Bueno -pensó el arroyo- de todas maneras, no tengo prisa. Si he de llegar al mar, llegaré. Mientras tanto, disfrutaré del camino.

Los pájaros celebraron cantando el regreso del arroyito.

—Ya creíamos que te ibas al mar con el río -le dijeron.

Y el arroyo, abriendo mucho sus ojos azules que dejaban ver las hierbas y los peces del fondo, les contestó:

—Todavía no. Aún me queda tiempo para caminar. Me gusta vestirme de cielo en las mañanas y sentir a veces el roce tenue del ala de alguna mariposa. Además, como siempre me acuesto de espaldas, me gusta dormirme mirando el rostro de la luna.

—¡Oye, tú, mira que llevas ventaja, cuidado con jugar sucio y llegar antes que yo!

Más adelante el arroyito oyó una voz atronadora que protestaba y se quejaba. Era el río, que había sido detenido por una represa. Cuando el arroyo pasó por su lado, aquél le gritó furioso: No te preocupes -dijo sonriente el arroyo-, no estoy tan apurado como tú.

Y siguió su paso mirando al cielo que se oscurecía por momentos.

Llovió. Llovió muchas veces, muchos días. Al arroyo le creció una hermosa espuma saltarina. Se hizo fuerte, brioso, travieso como un muchacho, se llevaba la

ropa de las lavanderas y se detenía a conversar con los árboles. Se deleitaba cuando los niños se bañaban en él. Mirándolos, sentía cantar su corazón cristalino.

Una tarde, una sensación desconocida lo llenó de un sabor extraño, se supo inmenso, todopoderoso. Había llegado, por fin, al mar. En ese mismo instante, llegaba refunfuñando el gran río, un poco turbio, algo más viejo. Se miraron y se sonrieron en la alegría azul de todos los ríos cuando llegan al mar.

6 . LAURA ANTILLANO



(Caracas, 1950)

Escritora de novelas, cuentos, ensayos, entrevistas, crónicas y poesía, además de guiones de cine, radio y televisión; es profesora universitaria y tutora de talleres de escritura creativa. Se destaca como compiladora de las antologías de cuentos venezolanos para niños: *Espigas blancas en el corazón del tiempo* (2005) y *Leer a la orilla del cielo* (2008/2011).

Preside la Fundación La Letra Voladora y coordina el Encuentro con la

Literatura y el Audiovisual para Niños y Jóvenes en Venezuela, evento realizado por 11 años consecutivos hasta el 2016. Es Premio de Cuento Diario *El Nacional* (1977); Premio Mejor Guion Festival Internacional de Cine de Mérida (1986); Premio Bienal José Rafael Pocaterra (2004) y Premio Nacional de Cultura, Mención Literatura (2015).

<http://www.elperroylarana.gob.ve/authors/laura-antillano/>

Mi abuelo en Navidad

Laura Antillano

Yo no conocí a mi abuelita Lula, porque cuando nací ya ella no existía, pero, todos los años, al llegar el mes de diciembre, pienso en ella.

No puedo dejar de hacerlo porque mi mamá, en estos días de diciembre, todos los años, comienza por sacar sus cajas del cuartito de los corotos, (ese donde guardamos lo que no se usa siempre, o lo que no se sabe cuándo se usará, como mi bici pequeñita, o la aspiradora de antes).

Me gusta mucho estar allí cuando ella saca esas cajas. Es como una ceremonia, como si la magia de la Navidad comenzara justo cuando esas cajas son destapadas.

Mamá las carga hasta el centro de la sala, y yo voy tras ella, ahora que estoy más grande la ayudo llevando algunas, cuando estaba más chiquita solo la seguía como en una marcha de fiesta.

Cuando las tenemos a todas allí, nos sentamos en el piso y las vamos abriendo. Están cubiertas de papeles todos arrugaditos, y de paja también. Hay que revisar con cuidado porque cada cosa allí está muy envuelta, y está así desde el pasado enero.

¿Y saben lo que sale de ellas? Salen pastores de ovejas y ovejitas, salen casas pequeñas de cartón y de barro y hasta de corcho, salen arbolitos, unos de papel y hay unas palmeritas de metal, y allí, justo allí es cuando mamá comienza a nombrar a la abuela Lula, dice:

-Estas palmeritas eran de mamá, pero antes fueron de mi abuela Mercedes.

Y después cuando salen de las cajas los Tres Reyes Magos, y ella dice lo mismo, y cuando sale una señora que lleva un jarrón montado en el hombro, y otra pequeñita con pañuelo en la cabeza y como una bolsa de tela a un lado y su mano levantada como si regara maíz para las gallinas, y cuando sale el puentecito que pondremos sobre el río de papel celofán, y cuando sale el muchacho de sombrero, con el perro junto a él, que mira colocándose la mano sobre los ojos como para protegerse del sol, y cuando sale el pavo real y la gallina con los pollitos, y un

cochinito de metal que pesa aunque es tan pequeño, y más aún, mamá habla de abuela Lula cuando salen, de una de la caja mejor acolchada con pajita y papelitos arrugados: San José, la Virgen y el Niño Jesús.

Entonces las mismas cajas nos sirven para hacer un cerro grande que cubrimos con telas, y al fondo ponemos el cielo en donde yo pego las estrellas de escarcha, y la mayor, que también sale de las cajas, lleva como botones brillantes y también era de la abuela Lula.

Nosotras dos, mamá y yo, preparamos todo el pesebre cada Navidad. Mi hermano grande también se une a nosotras a inventar y se divierte colocando lucecitas por aquí y por allá y, sobre todo, desenredando cables y arreglando las instalaciones para que todo se vea iluminado, pero él ahora vive en otra ciudad y alcanza a venir justo para los últimos toques, cuando ya es el día y todo deberá estar listo.

La visita que todos esperamos con más cariño para estos días de diciembre es la del abuelo.

Este año abuelo Hilario ha estado un poco enfermo, con quebrantos, y lo hemos visitado poco, porque vive en Maracaibo, muy lejos de aquí, por eso es más importante tenerlo hoy con nosotros.

Y hoy, 24 de diciembre, desde la mañana me desperté pensando en los regalos y el sol supo que era la víspera de Navidad porque los rayitos se iniciaron suaves y me dejaron permanecer en la cama entre dormida y despierta.

Pienso en el abuelo, y voy al patio con mi pijama puesta todavía y me parece que los pájaros en el mango saben también que es día es hoy porque cantan con más fuerza que nunca y vuelan de una rama a otra como si conversaran animadamente sobre la fiesta y lo mucho que he crecido, y todas esas cosas que los pájaros se dicen siempre.

Hasta mi perra Maya corretea alrededor y retoza gustosa, va y busca la pelota de colores que le lanzo, hasta parece reírse conmigo como si algo nuevo se acercara. El árbol de mango, al que hemos adornado con muchas lucecitas parece decir:- ¿Cuándo llegará por fin el abuelo?

Los pájaros y las nubes se mueven en el cielo, de un lado a otro, esperándolo también.

Mamá, mi hermano y yo tenemos listos los regalos para él y los nuestros, para repartirlos esta noche y celebrar al lado del pesebre y del mango grande de nuestro patio.

Me visto, desayuno y vuelvo al patio a jugar, estoy, con mamá y mi hermano, esperando la llamada de abuelo Hilario desde el aeropuerto o su llegada a casa, con su risa sonora de siempre.

Tocan a la puerta y Maya y yo corremos, pero, no es el abuelo.

Es un camión grande del que se baja un señor y me pregunta por mamá, ella viene y lo recibe, es un paquete que envía el abuelo desde Maracaibo, no vendrá. Entonces ella firma un papel y él le entrega un paquetico bien envuelto con cuerdas y cinta pegante, en la que dice en la letra del abuelo: «Para mi nieta Gabriela», Mamá me abraza con su olor de jabón y me acompaña dentro para ayudarme con el paquete, pero yo estoy triste y casi no quiero mirar. Mamá se sienta a mi lado y lo abre, encuentra una pequeña carta, la leo sorprendida.

“Querida Gabriela:

No puedo acompañarte esta Navidad, pero imagina que estoy allá contigo, porque me he metido en este sobre de tu regalo y me tendrás allá, no solo hoy sino siempre, te doy un abrazo grande, grande ,grandísimo, y otro para cada uno en casa.

Hasta siempre,

Tu abuelito”

En la mesa del comedor, con tijerita en mano voy cortando los amarres y desenvuelvo papeles hasta dar con un baulito de madera con flores en relieve, abro la cerradura y aparece el mundo: una tela dobladita muestra grandes flores rojas, la abro y es una pequeña manta guajira hecha a mi medida; de borlas de estambre de muchos colores penden dos sandalias con suela de cuero, aquí saco unos cuadernos pequeñitos dibujados, son: una colección de cuentos de los que el abuelo me ha hablado, aquí sale un frasquito con un corcho de tapa y adentro tiene un diminuto barco de vela, lápices de colores, un trompo de madera, una bolsita tejida, caramelos de menta, cinta para mis trenzas.

Cierro el baúl y me voy con ese tesoro a mi cuarto.

En mi cuaderno de dibujo, con los nuevos lápices de colores, intento dibujar la sonrisa de abuelo, cuando escucho que mamá toca a la puerta. Le abro y trae otro regalo para mí, dice que ha decidido adelantarlo y dármelo ahora. Lo abro y es: un álbum de fotografías pequeño que dice en la portada:

Para Gabriela en sus nueve años, con letra bonita de mamá que ha pasado la tarde o la mañana tratando de que quede la «G» bien dibujada y la «i» la luzca con su punto redondo y firme y la «a» tenga un rabito elegante y gracioso. Entonces lo abro y aparece el rostro de mi abuelo, grande con su cabello crespo y blanco con mi carita de bebé junto a la suya, y paso la página para verme sentada sobre sus piernas con mis tres años jugando «arepita de manteca», y pasa la otra página y el abuelo muestra su risa hilarante y sonora mientras con su mano mece la hamaca en la que estoy hundida a mis seis años, y después veo al abuelo enseñándome el libro de las adivinanzas sentada en un banco de la plaza y yo estoy sentada a su lado con mi uniforme de la escuela tratando de leer lo que dicen aquellas páginas, y por último, en la página que cierra el álbum, estamos los dos viendo el horizonte marino en la bahía de Puerto Cabello, él tiene puesta una gorra roja y su camisa es de cuadros y parece mostrarme con su dedo en el cielo algún ave de paso mientras yo miro desde mi silla de ruedas, en la que tuve que descansar la última navidad después de la caída catastrófica que sufrí en las escaleras del colegio.

Cierro el álbum y pienso en la memoria de las cosas. Aquí, en estas fotografías he vuelto a sentir cada día cerca de abuelo. Y me di cuenta de que lo que más quiero de él es su risa, su alegría, y su manera de darme ánimo hasta en los momentos más tristes.

Ha llegado la noche de la Navidad, mi hermano, mamá y yo, nos sentamos alrededor de la mesa a cenar las hallacas y la ensalada, el dulce de lechoza y la torta negra, nos reímos y recordamos otras navidades, mi hermano pone música y Maya acaba de entrar en una sola carrera y se ha llevado una rueda de pan de jamón de la mesa servida.

Ahora ha llegado el momento de los regalos. Mi hermano trae una tortuguita en una fuente, es para mí. Yo tengo una pulsera con canutillos que hice para mamá, ella

tiene para mi hermano una cámara fotográfica, para la cual pasaremos la noche posando las dos y Maya.

Todos hemos mirado varias veces la silla donde suele sentarse el abuelo a la mesa. Mamá propone llamarlo y lo hacemos, cada uno habla a su turno y le desea el mejor día de Navidad. Le cuento de lo mucho que me han gustado sus regalos y le deseo que se cure muy pronto.

Ha llegado la hora de ir a la cama. Mamá preparó mi pijama y cambió mis sábanas, me dio el beso de las buenas noches y se fue a descansar.

Entonces, contemplando la luna, saqué el álbum con las fotos de abuelito de debajo de la almohada y volví a mirarlo y mirarlo y mientras me iba quedando dormida pensando en el cielo tranquilo de esta noche de mis nueve años, le comenté al Niño Jesús, lo muy cerca que estaré siempre del abuelo y su alegría.

LA VIDA SECRETA DE LA ABUELA MARGARITA

Laura Antillano

El seto del parque da unas florecitas rojas alargadas.

Mi prima Beatriz me enseñó a chuparlas. Le quitas la coronita verde de abajo y por allí sale una agüita dulce. Cuando vamos a jugar al parque siempre tomo algunas flores rojas por ese dulce.

Beatriz dice que las abejas es eso lo que escogen para hacer la miel.

En el parque jugamos a la ronda. Antonieta es la ratona y yo la gata. Mientras las otras niñas hacen rueda yo la persigo corriendo. Antonieta es pequeñita y muy delgada, cuando corre, sus trenzas parecen volar detrás de ella. Yo trato de alcanzarla y no puedo. Me escogen de gata porque soy la más grande de tamaño y la más gordita, pero tengo, como todas, siete años.

Antonieta vuelve a entrar al círculo y Paola es ahora la ratona mientras yo sigo siendo la gata. Ya mis fuerzas no me alcanzan para seguir corriendo estoy roja como un tomate y las goticas de sudor bajan entre mi cabello y por mi rostro.

Por fin cuando ya casi agarro a la ratona Paola, doy unos traspiés y ¡PUM! me voy al suelo.

Me duele, duele mucho, más que otras veces. Antonieta, Paola y las otras niñas me rodean, al principio se reían, pero ahora no.

La maestra Leticia está también a mi lado. Le digo que no puedo levantarme, me duele, es el tobillo. La maestra Leticia intenta levantarme, pero no puede.

Entonces pongo mi brazo sobre los hombros de Rosana, ella es de mi tamaño y casi tan gordita como yo, mientras Antonieta me agarra por el otro lado y la maestra Leticia atrás.

Pasito a pasito llegamos a la enfermería de la escuela y entre todas me acuestan en una camilla. Estoy llorando. Me duele mi tobillo.

Mi mamá llega enseguida, la llamaron a su oficina. Me llevará al doctor. Las niñas me abrazan, nos abrazamos todos. Mamá dice que harán radiografías y acomodada en su automóvil vamos al hospital. Antonieta ha pedido permiso para venir con nosotras.

Me acuestan otra vez y mientras mi mamá me cuenta un cuento, el que más me gusta, el del lobo y los tres cochinitos, me hacen la radiografía. El médico la coloca sobre una luz blanca y se ve mi pie por dentro, me enseña cómo está roto el tobillo, pero me dice que como soy una niña esos huesitos se soldarán pronto. Me pondrá un yeso.

Me asusta. Mamá tiene mi mano entre las suyas y me dice que no me asuste. El doctor trae una mesita con unos envases de metal. En ellos moja las telas con el yeso. Primero envuelve mi pie con una tela más grande y unas tablitas, y después va colocando las gasas mojadas. Me dice que no me preocupe, que se endurecen y entonces se inmoviliza mi pie y así se va curando tranquilo, sin peligro.

Mi pie es ahora muy grande y mamá promete buscar unas muletas en casa de mi tía Claudia, ella las tiene porque hace un año se cayó mi primo jugando fútbol.

Ahora estoy en casa, mamá me trajo, con las muletas me ayudé y estoy en mi cama rodeada de almohadas, me dormiré un poco, creo que dormiré... dormí...

Han pasado algunos días, tengo muchos libros de cuentos, y meriendas de frutas.

Algunas de mis compañeras del salón han venido a visitarme. Antonieta me trajo

una rosa y la abuela Margarita la puso en un vaso aquí en mi habitación. Esa tarde sí que jugamos: ludo, damas chinas, cartas y hasta un poquito de ajedrez que es el más difícil. Me sentí tan acompañada...

No me duele mi pie, me da calor el yeso, pero no me duele. Pero quisiera estar en la escuela para no sentirme sola. La maestra trae todas las semanas las actividades para que yo trabaje con mamá, y mamá, cuando viene de su trabajo, pasa mucho rato conmigo haciendo las tareas y leyendo, pero... Me gustaría estar en el salón con mis amiguitas y jugar en el patio del recreo y salir al parque y.... sólo quiero llorar aquí, donde todo parece tan aburrido.

Hoy no quiero ni mirar nada. Mamá se ha ido a trabajar y la abuela Margarita canta en la cocina. Pero me tapo con la almohada y no quiero saber nada. Hace días que abuela no viene a decirme nada, deja el desayuno sobre mi mesa y se va, y hoy ni siquiera la he visto. Pero, parece que alguien se ríe afuera. ¿Qué será? No aguanto más, tomaré las muletas y me iré a curiosear.

LAS PIERNAS DEL BLUE-JEANS

“Qué triste es quedarse para siempre en cualquier sitio”

Teresa de la Parra.

*“Me acuerdo de haber sido
laurel-rosa y pez mudo”*

Pitágoras (s. IV a. de C).

“Enfurécete cuantas veces quieras, pero no te desmayes”

Jane Austen.

Ahí las cuerdas con la ropa recién lavada, ahí mi blue-jeans esperando los rayos solares, aquí, en este patio con este adiós.

La abuela dijo: –Igualita que en su Primera Comunión, “igualita...” y nos asustamos: hacía tiempo que sólo levantaba la manguera y nos regaba a todos como si fuéramos flores, pero de golpe tiene lúcida mirada y sabe que yo soy Ana y mi hermana Beatriz, y que ella es la abuela... Pero no: después que dijo –Igualita que en su Primera Comunión, se volvió al patio, para regar a los vecinos con la manguera.

Mamá me trata como si fuera a morirme: –En unos años más y ya este corte princesa no enseñará ninguna cintura de avispa y me mira triste... Entonces me vengo al patio y ahí están mis blue-jeans en las cuerdas, como si no se dieran cuenta de nada, levantando las piernas a cada volar del viento, y azules como el mar azul, azul fuerte de tela dura para lavar.

El ruchadito del vestido me molesta, mamá está feliz con el encaje, pero a mí me molesta, ¡qué desperdicio! Vestido para una noche y de paso molesta.

La gata Natacha se me cuela entre las piernas y arrastra su pelambre frotándose como si se diera cuenta de este adiós: y la Beatriz también cree que voy a morirme porque ya me pidió mi casete de los Bee Gees porque como ya no lo vas a escuchar, dijo, y que: Porque ya no lo vas a escuchar... ¡como si yo fuera a quedarme sorda y no a casarme! Y quiere mi foto de Baryshnikov, y ella dice: Bueno, pero tú tienes a tu Roberto... Ahora no vas a mirar a nadie más, y ¡me aterro! Ahora cree que me voy a quedar ciega, sorda y ciega, ¡pero no le voy a dejar la foto de Baryshnikov, me la llevo y en algún sitio la pongo, ella dice: Roberto se va a ofender, y yo me quedo pensando, no sé, ese bailarín chiquitico del Baryshnikov, con sus ojos penetrantes no tiene nada que ver con mi Roberto, entonces le digo a la Beatriz: - No, Roberto no se molesta porque por mí, él puede llevarse su foto de Olivia Newton John y ponerla en algún sitio también. Y ¿qué tiene que ver Baryshnikov y Olivia Newton John con todo esto, con este adiós?, lo que pasa es que Beatriz no quiere decir lo que debería, pero no importa, mejor así.

Saco los papeles de la gaveta en nuestro cuarto y los reviso, con la mirada de ella filtrándoseme, con los días en esta habitación, con las ramas del cocotero en la ventana, con las láminas de geografía pegadas en la pared, con su colección de estampillas, con mi oso de peluche gastado y sucio, y la miro... miro a la Beatriz, y me da hambre y sed, y me salgo al patio para, otra vez, frente a las piernas de mi blue-jeans colgadas: ponerme a llorar.

Mamá dice que aguante la respiración mientras sube el cierre, me da un pañuelito y: mira qué coquetería, el mismo encaje que llevaba la falda del vestido, un pañuelito... será para llorar, no sé me dice y se voltea, yo sé que no quiere mirarme a la cara. Lo único que hay que llorar es lo que pica este vestido, mamá ¡eso es lo único! Y le bajo el cierre y me lo quito rápido.

La abuela llama desde su cuarto: ¡Mamá, mamá, ven a arroparme!, y yo entro y la veo metida en la cama, está tan arrugadita que parece una flor marchita de días, la arropo y le digo: Bueno, duérmete tranquilita, y ella: Dame la bendición, Dios te bendiga, mi amor, la abuela está de metra con la arteriosclerosis, pero ya nos acostumbramos todos: entre las regadas inesperadas con la manguera y ese andar por el jardín apuradita como si estuviera a punto de hacer una travesura siempre. El otro día se metió en la cocina cuando yo tenía la licuadora a toda velocidad (ligando melón y piña para la dieta del martes), cuando entró parecía una momia egipcia, seria, mecánica; yo sostenía la tapa de la licuadora y la miraba a ella esperando un parlamento histórico, lo peor fue que ocurrió, porque me dijo, muy solemne: Nos engañaron a todas, nos engañaron y nos van a seguir engañando. Solté la tapa de la licuadora y los pedazos de piña y melón volaron (no sé cuándo es que van a mandar a reparar estas cosas en la casa). La seguí a la abuela y le dije: nos engañaron ¿en qué? ¿cuándo?, el nos, el fulano: NOS, donde me incluye y pluraliza ¡me enferma!, pero le vi los ojos y ya supe que la abuela acababa de sintonizar otra emisora: iba directo al patio a buscar la manguera, tenía los ojos de muchachita traviesa en lugar de los de momia-filosófica de antes.

A veces siento que Roberto y yo miramos el mundo como desde un balcón: el mundo es una masa-mazamorra en donde se levantan cosas duras, estables, para no sentir el mal olor, lo que flota de fondo... mejor la silla de extensión con la lona a rayas y el farol de la calle Comercio: allí se gestó todo entre Roberto y yo, ése es nuestro espacio, allí supe de sus miedos y los míos, el terror retratado en los ojos y en las maneras del: - póngase la servilleta sobre las piernas, no fume entre comidas, y no le agarre la mano a la novia frente a las visitas-, allí supe de todo lo que él no sabía y allí le expliqué lo de la regla y esa desazón, ese desvarío.

Mi mamá anda misteriosísima con una fulana conversación que deberemos tener, dice, ya me lo sospecho, ¡pobrecita! hay tantas cosas que ella se va a morir sin saber y que ya yo sé ¡pobrecita!, vengo, y aquí en este patio, mirando mis blue-

jeans secándose, estoy mejor que en ninguna parte. El viento eleva las piernas y todo es azul.

Ayer perdí el autobús dos veces: me subía, veía a Roberto parado en la acera y ya me bajaba por la puerta de atrás para besarlo otra vez.

Le pusieron al patio cadenas de papel de seda y la tía prepara el “chantilly”: a la novia no le puede ver el novio antes de la ceremonia. Me encanta el peso del cuerpo de Roberto sobre el mío, el roce de su piel, esa presión, es muy raro pero uno no siente peso, siente piel, el encuentro, y todo es liviano, húmedo, y flota, conozco cada fragmento de su cuerpo y parece que aprendiera a quererlo precisamente a partir de entender que esta cicatriz es una caída del columpio a los siete años, y esta marca es de cuando se quemó con la plancha, y ese lunar es el que tiene su tío Raimundo en el mismo sitio.

Ya mamá tuvo la conversación que quería conmigo, me aterroricé, ¿no puedo creer que ella tenga una idea tan triste de la cuestión!, pero no dije nada, traté, hasta de poner mirada de asombro, no sé si se me notó algo, pero ella se fue con una cara de preocupación para la cocina.

La abuela quiere que le lleven una taza de leche caliente a la cama, mamá la prepara colocando la pequeña paila sobre la hornilla, vertiendo la leche con riguroso cuidado, y parece que acariciara la cuchara cuando la usa para dar vueltas al líquido.

Yo la miro desde aquí, sentada en el pretil, puedo divisar la cocina y a ella dentro en sus movimientos lentos, hasta que llena la taza, la coloca sobre el plato y se va al cuarto de la abuela, se acerca a la cama, se sienta, y con el plato sobre sus piernas acaricia los cabellos de la abuela que en estos momentos es una niña y no abuela ni mamá. Entonces, yo regreso mis ojos para posarlos sobre este cielo abierto, inmenso, en donde las piernas de mi blue-jeans siguen flotando con el

viento del atardecer, y en medio de las nubes apretaditas creo encontrar los ojos de Roberto, reviviendo esta complicidad nueva, este salto secreto, que nos hace mirar el mundo desde la baranda de un balcón.

¿Por qué mamá habla como si fuera a morirme...?

EL AQUELARRE DE LA SEÑORA MUELAS Y LA SEÑORA MORCILLA

Laura Antillano

La señora Muelas está peleando con mi mamá.

Ella se levanta tempranito en la mañana, toma su escoba y ¡plas! ¡plas! ¡plas! se dedica a barrer toda la basura del frente de su casa y a pasarla al frente de nuestra casa, después toma una manguera y le da por mojarlo todo y a todos.

Después cierra y comienza su *bla-bla-blá*.

Mi mamá dice que por qué la señora Muelas no puede meter la basura en bolsas para que se las lleve el camión del aseo urbano. Pero no, a la señora Muelas le gusta ponerla en la puerta de las otras casas, y después cruza la calle para visitar a la señora Morcilla, en el portón se instalan las dos a conversar, de manera que se oye como un zumbido parecido al que hacen las avispas:

—*Shiiiiiiiiiii y shuuuuuuu, o zuuuuuuun, zonnnnnn.*

Mi mamá dice que ellas dos forman un a-que-la-rre, las llama El Aquelarre de la Calle Jazmín.

Mi hermano Aníbal me explicó lo qué era eso de aquelarre enseñándome un libro muy divertido sobre Brujas.

(Por cierto que de allí viene un “hechizo” para atraer visitas que yo he probado y resulta, dice así “Clava en una manzana doce alfileres y llama a grito pelao a quien tú quieras”, les digo que es efectivo, enseguida viene Almendra a casa, que es mi amiguita más querida y vive en la calle de atrás).

Les decía, pues, que la señora Morcilla y la señora Muelas despiertan a toda la cuadra con sus escobas, mojan todo, no recogen la basura y después pasan

largos ratos cuchicheando. Creo que no les da tiempo de hacer nada más en el día.

Pero, hoy cuando mamá regaba con la manguera las tres enredaderas de flores: la de Jazmín, la de Treyolí y la de Palonegro, la señora Muelas entró a casa, como flecha, aprovechando que el portón estaba abierto y fue directo a donde estaba mamá, sin dejar antes de dar una mirada a través de las ventanas para saber qué teníamos dentro, pienso yo (y Aníbal también).

Mi mamá se quedó sorprendida y le preguntó:

—¿Qué desea, señora Muelas? —como ella siempre pregunta.

Y la señora Muelas enseguida se lanzó con un montón de palabras, de que a ella y la señora Morcilla no les gusta como mamá decoró el frente de nuestra casa, porque no se parece a los otros, con esas matas de palma que sembramos y los poemas que mi mamá escribe en el muro, en lugar de tener una reja reforzada como las de ellas y poner piso de cerámica. Ella habla y habla, e insiste en que las casas de la calle sean todas iguales, porque ellas eliminaron los árboles de la acera para destacar sus fachadas y mamá, en cambio, se empeñó en dejar el nuestro (uno de acacia, así se llama, que da flores anaranjadas).

Mamá la mira como si no la mirara y se detiene a quitar las hojitas secas de las enredaderas, apenas mueve la cabeza, frente al *bla-bla* de la señora Muelas.

Mamá revisa la mata de helechos en su cesta, y la mata de bellaalasonce, y el orégano orejón, y la señora Muelas atrás con su *bla-bla-bla* y su *tucututú*. Mamá sólo dice: “Ajá” y lleva la manguera regando la tierra y las raíces de cada planta.

Por fin se va la señora Muelas, da vuelta a su cabeza y con el mismo ritmo con el que entró a casa sale, diciendo algo bajito que ni siquiera entendemos, enseguida cruza la calle y se acerca a la reja de la señora Morcilla quien ya la esperaba, y allí se quedan las dos en su concierto de siseos de siempre.

Voy hasta donde está mi mamá y le pregunto: —¿Qué pasó?

—Nada, mi amor, nada, alguna gente a quien no le gusta la vida de las plantas, ni de los niños, ni de los pájaros, y quieren que todos seamos parecidos a ellos.

Yo me agarro de una pierna de mi mamá y desde allí veo el cielo, con un Sol grande para todos, y las nubes que parecen un dibujo a su alrededor. Y me

acuerdo de que hoy merendaremos pan con mantequilla y miel, porque mamá me ha prometido hacer tostadas en el sartén.

Y veo las flores de la acacia, que es árbol con nombre de mujer, y siento que me gusta como nunca.

Entonces digo: —¿Es la hora de la merienda, mamá?

—Sí, mi niña, nos vamos a merendar.

Mamá cierra la llave del agua, recoge la manguera y en un momentito estamos en la cocina para la merienda.

¿Y la señora Muelas?

—Ya se fue, con su *bla-bla* a otra parte. ¿Tú también quieres merendar?